

# El incurable luto en psicoanálisis

(Incurable mourning in psychoanalysis)

Marta Gerez Ambertín\*

## Resumen

Se hace un breve recorrido de la teoría del duelo en Freud y Lacan que permite obtener un saldo clínico unívoco de ambas teorías: el duelo deja un enigma incurable en la subjetividad. Para Freud el duelo deja siempre en la subjetividad un *hueco* que puede tomar distintos destinos. Lacan ubica al duelo en relación al *objeto a* y la privación; desde allí destacamos diferentes vicisitudes: pasaje al acto, movimiento donde el sujeto es arrastrado por el objeto hacia una caída que puede terminar en suicidio; acting-out como escena escandalosa que es, al mismo tiempo, un llamado al Otro; acto como aspecto fecundo del duelo, porque el sujeto, en esta respuesta ante la privación, no se pierde tras el objeto *a* sino que cambia su posición subjetiva; síntoma en tanto es posible darle al objeto *a* cobertura de un nuevo sustituto vía el falo.

Palabras clave: Duelo; Privación; Pasaje al acto; *Acting-out*; Acto y síntoma.

“Cada uno de nosotros tiene su cementerio privado donde no todas las tumbas tienen inscripta su lápida correspondiente”. (Margaret Little)

**N**o hay en Freud ni en Lacan una formulación unívoca de la teoría del duelo; en uno y en otro la teoría del duelo va reformulándose acorde a las modificaciones que sufre en su conjunto el corpus teórico-clínico.

Pese a esto, es posible encontrar un saldo clínico unívoco sobre el duelo en ambos: el duelo es un enigma incurable.

Procuraré, en este texto, dar los fundamentos de esta afirmación.

---

\* Texto recibido en outubro/2005 e aprovado para publicação em novembro/2005.

° Directora de la Carrera de Doctorado en Psicología; Profesora Regular Titular de “Psicoanálisis-Escuela Francesa” y “Semiosis Social” y Investigadora del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Tucumán (Argentina); Profesora de la Carrera de Doctorado en Psicología de la Universidad de Buenos Aires; e-mail: diotima@rcc.com.ar.

Hay en Freud una teoría del duelo que recorre de cabo a rabo sus textos y, precisamente, no hay univocidad en los distintos trazados que presenta sobre el duelo. Sin embargo, adoleceríamos de extrema parcialidad si omitiéramos, en la construcción de la teoría del duelo en Freud, tanto sus aseveraciones en cada uno de sus casos clínicos – casi no hay caso clínico que soslaye la cuestión – como sus desarrollos conceptuales en “Tótem y Tabú” (1913); “Duelo y melancolía” (1915/17); “La transitoriedad” (1916); “Las 5 conferencias...” (1909/10); “Psicología de las masas...” (1921); “Una neurosis demoníaca” (1922/23), e “Inhibición, síntoma y angustia” (1925/26), así como en su abigarrada y frondosa correspondencia, en la que encontramos excelentes y sorprendentes hipótesis sobre el duelo.

Y es en torno a esa correspondencia, entre 1920 y 1929, donde quisiera detenerme, sin dejar de acentuar la más cabal afirmación de Freud respecto al duelo: “es un enigma” y, sobre ese enigmático camino del duelo como subjetivación de una pérdida, deseo centrar mi contribución.

## PRIMERA SECUENCIA: FREUD Y EL INCURABLE DUELO

En 1917 sufre una dolorosa tumefacción en la encía y se sospecha la posibilidad de un carcinoma, lo que se confirma en febrero de 1923. Luego de las cirugías y la implantación de una prótesis de enorme tamaño muy poco puede hacerle tolerable la vida: aumentan sus dificultades para hablar, comer y fumar.

El 3 de julio de 1919 se suicida Víctor Tausk y en enero de 1920 recibe dos serios golpes más: muere su hija Sophie y su paciente y discípulo Anton von Freund. Freud estaba al tanto de la gravedad de éste, pero el deceso, que se produce el 20 de enero de 1920 fue para él – que le tenía un especial cariño – especialmente doloroso. En carta a Ferenczi de mayo de 1920 confiesa que significa uno de los motivos de su “envejecimiento” (Jones, 1960, III, p. 29).

Apenas tres días más tarde, la noche misma del día en que es enterrado Tony, llega la noticia de la grave enfermedad de Sophie, la hermosa hija de Freud – “criatura primorosa” – quien muere el 25 de enero de una neumonía gripal. Era de sólo 26 años y gozaba de perfecta salud y felicidad. Dejaba dos hijos el menor de los cuales tenía apenas 13 meses.

Freud escribe Jones el 26/1/1920: “El pobre – o afortunado – Tony Freund, fue enterrado el jueves pasado, el 22 de este mes. Lamento oír que ahora le toque al padre de Ud., pero a todos nos llegará el turno y ahora me pregunto cuándo será el mío. Ayer he pasado por algo que me hace desear que ese día no tarde en llegar” (Jones, 1960, III, p. 29).

Escribe a Eitingon el 3/2/1920: “No sé qué más se puede decir. Es un hecho de efecto *tan paralizante*, que no puede inspirar reflexión alguna a quien no es un creyente, cosa que le evitaría a uno todos los conflictos consiguientes. *Cru-da fatalidad, muda sumisión*” (Jones, 1960, III, p. 30; los italicos son míos).

En una carta de febrero de 1920 dice a Ferenczi: “Las invariables y recurrentes horas del deber’ (cita de Schiller) y ‘El caro y encantador hábito de vivir’ (cita de Goethe) contribuirán a que todo vuelva a ser como antes. En el fondo de mi ser siento, no obstante, *una herida amarga, irreparable y narcisista*” (Freud, 4/2/1920, p. 371; los italicos son míos).

En 1923 sobreviene otra pérdida familiar. A la muerte de Sophie, su hijo menor había sido confiado a Mathilde, la hija mayor de Freud. Freud se encariñó mucho con su nietecito, un pequeño muy despierto. Pero en poco tiempo el pequeño *Heinele* (Heinz Rudolf Halberstad) enfermó de una tuberculosis incurable y murió el 19 de junio de 1923 a los 4 años y medio. Dice Jones que fue la única ocasión en la vida de Freud que se supiera que hubo derramado lágrimas, la pérdida le había afectado en forma distinta a todas las otras sufridas (incluso la de su padre); si éstas le habían causado mucho dolor, la de su nieto, en cambio, mató algo en él. Unos años después le confesaría a M. Bonaparte que luego de esa desgracia ya no fue capaz de encariñarse con nadie, sólo conservaba sus afectos anteriores. El golpe le resultó completamente insoportable, más aún que el cáncer (Jones, 1960, III, p. 105).

Mientras el niño agonizaba escribe a Katá (hermana de Anton von Freund) y Lajos Levy: “Encuentro esta perdida muy difícil de soportar. *No creo haber experimentado jamás una pena tan grande*. Quizá mi propia enfermedad contribuya al disgusto. Trabajo por pura necesidad pues, fundamentalmente, todo ha perdido su significado para mí” (Freud, 11/6/1923, p. 388; los italicos son míos).

En carta a Binswanger del 12/4/1929 dice: “Aunque sabemos que después de una pérdida así el estado agudo de pena va aminorándose gradualmente, también nos damos cuenta de que continuaremos inconsolables y que nunca encontraremos con qué rellenar adecuadamente el hueco, pues aun en el caso de que llegara a cubrirse totalmente, se habría convertido en algo distinto. Así debe ser. Es el único modo de perpetuar los amores a los que no deseamos renunciar” (Freud, 12/4/1929, p. 431).

En estas cartas y testimonios Freud alude a cuatro muertes acaecidas en los momentos en que se desencadenaba y era operado de su cáncer. Es importante señalar que remarca algo no dicho en 1915 en “Duelo y melancolía”, pero insinuado en “La transitoriedad”: “este algo distinto” va más allá de la sustitución de objeto perdido que proponía en 1915, en todo caso, amplía y rectifica aquella propuesta. Y es que esta sustitución nunca puede pensarse tan simple dado que entre 1920 y 1929 afirmará que:

- a) Toda muerte de un ser querido nos deja “inconsolables”;
- b) Nunca encontramos “con qué rellenar el hueco” que deja la partida de un ser querido;
- c) En caso de rellenarse el hueco (aquí la paradoja), se convierte en “algo distinto”;
- d) Ese “algo distinto” es la única manera de perpetuar los amores a los que no deseamos renunciar. “Ese algo distinto” hace que nuestros muertos se inscriban en nuestra matriz identificatoria, en los rasgos de carácter, en los silencios del ello, en los imperativos del superyó, en nuestros síntomas, en las marcas del fantasma y en el desfasaje de nuestro goce.

Así, quiero destacar entonces que el duelo es un trabajo de separación y al mismo tiempo de asujetamiento con el objeto perdido, de consumir en una segunda vuelta (o 3ra. o 5ta.) la pérdida, para sostener en detalle los lazos con el objeto perdido y modificar – y ser modificados – por tanto, nuestro lazo con él: nuestro muerto abonará nuestros síntomas y fantasmas. La vida no es sin pérdidas.

En la última sesión (3-7-63) del Seminario X dirá Lacan: “¿Acaso el trabajo del duelo no se nos aparece, con una luz a la vez idéntica y contraria, como el trabajo destinado a mantener, a sostener todos esos lazos de detalle? Y Dios sabe cuánto insiste Freud, y con razón, sobre el costado minucioso, detallado, de la rememoración del duelo, en lo relativo a todo lo que fue vivido del vínculo con el objeto amado”.

La muerte y el lazo con nuestros muertos no es sin consecuencias en la prosecución de la vida. Freud remarca sus síntomas: “precipitado envejecimiento”, “muda sumisión”, “herida irreparable”, “condición huraña”, entre otros.

Sería entonces verdaderamente injusto endilgarle la “crítica” que le hace Jean Allouch (1994):

La idea de que quien está de duelo debería saldar su deuda con y hacia su muerto con tres golpes de pala para macetas parece, cuanto menos, descabellada. Y no lo es menos aquella, transmitida por el freudismo, según la cual quien está de duelo ya no tendría nada que ver con ese muerto, después que una determinada operación hubiera sido efectuada. Se alcanza decididamente el puro grotesco, pero también la grosería más caracterizada, una de las más odiosas abyecciones contemporáneas, cuando se declara que quien está de duelo va a poder remplazar a su muerto ex-vivo por un vivo recién llegado. Que semejante malevolencia haya adquirido derechos de ciudadanía es pasmoso. ¿En qué desconcierto hemos caído para necesitar hasta tal punto de semejante rebajamiento de la relación de objeto?. (p. 16)

Y una insistente crítica por el estilo en *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca* (1995). Si destacamos los significantes: descabellado, grotesco,

grosero, odiosa abyección, y malevolencia no podemos dejar de preguntarnos ¿qué hizo obstáculo en su lectura del duelo en Freud a alguien que nos sorprendió con su excelente tesis “Margaritte, Lacan la llamaba Aimée”?

## SEGUNDA SECUENCIA: EL INCURABLE DUELO EN LACAN

En Lacan no hay tampoco univocidad en cuanto a la teoría del duelo. Es así que se produce un viraje entre sus formulaciones en el Seminario VI (1958-59) – donde la cuestión del duelo está referida fundamentalmente en torno al falo y la privación – y las del Seminario X (1962-63) – donde el énfasis está puesto en torno al objeto *a* y al lugar del doliente como objeto causa del deseo que se resume en la siguiente aseveración: “No estamos de duelo sino por alguien de quien fuimos su falta” (Lacan, 30/1/63).

Si tomamos esto último alguien en duelo queda como “causa perdida”, como “alma en pena”, como “bala perdida”, como “*a* en pena”, una “causa que ya no causa a nadie” es una “causa” que puede “desenmascararse en un puro real” y arrastrar al doliente tras ese *a* que *a*pena, riesgo posible de falla en la operación de separación que puede derivar en la ruptura del marco fantasmático y en el sacrificio e inmolación al Otro del goce.

Por esta razón un sujeto en duelo sufre siempre un “colapso en su enmarcamiento fantasmático” y queda expuesto al objeto como real: lo que tiene su antecedente en el concepto de privación, que supone falta en lo real de un objeto simbólico (F). Lacan especifica, en el Sem. X, en relación a esto que, un sujeto en duelo puede enfrentarse con 4 alternativas (y sus múltiples variedades de combinaciones). Comienzo por la más grave:

- *Pasaje al acto, esto es, ser arrastrado por el objeto*: Ante el desenmarcamiento del fantasma y por la angustia que esto suscita, el sujeto es arrastrado por el objeto *a*, queda sin causa y sin cauce: “puro desborde”. El sujeto, confrontado a la falta de un significante (agujero en lo real), queda separado de la cadena significante, porque si hay algo que se revela en el duelo es que el Otro es tremendamente inconsistente. El duelo surge en el lugar donde falta un significante porque “no hay significante de la muerte”. De allí que ante la muerte todo es banal: la contienda política, viajar, las rivalidades, el mal pago amoroso, etc.

Ante la muerte se produce un efecto de revelación de la pura ficción del Otro del significante, se revela el carácter inconsistente del mundo simbólico y, si todo el A es tan inconsistente, a veces el doliente se dejará aspirar por el objeto que lo arrastrará: “pasaje al acto”, como el suicidio de

Ofelia por la muerte de su padre a manos del hombre que ella amaba, es decir, aquí no es posible el pasaje de  $a \rightarrow -\phi$ ;

- *El acting-out y el duelo normal u obsesivo*: Se trata de una puesta en escena (el *acting* está dirigido a Otro) al mismo tiempo que un llamado al Otro. Un escenario con público permite enmarcar, disfrazar, velar el objeto  $a$ . Enmascararlo con el mínimo manto de cobertura agalmática, ese escenario permite que  $a$  se encubra como  $-\phi$ , e incluso como  $i(a)$ . Y hasta el sujeto se sorprende porque descubre que cuanto más público más llanto, entonces, ¿por qué llora más allá del objeto del duelo? Se trata de demostrar a otros que ese objeto amado cuenta con el duelante como el más doliente: es él el que sufre como nadie; es el duelo del obsesivo al que Freud llama duelo normal. Con ello el duelante muestra que es la máxima causa del muerto y en esa mostración, con ese escenario, con ese público, consigue disfrazar al objeto  $a$ , enmascararlo, disfrazarlo con un ínfimo manto de cobertura agalmática. Hay una necesidad de mostrar al Otro que él es único en la relación con ese objeto... pero como no sabe nada de ese objeto, toma la salida de mostrarlo, mostrar que es el único en la relación con él; en suma, mostrar su relación con el muerto y con el objeto como causa perdida vía la actuación. Recurso para recubrir y velar el objeto  $a$ , posibilidad del escenario para enmascarar el objeto, aunque sabemos que el *acting-out* siempre entraña algún riesgo;
- *El duelo como acto*: Es lo que Lacan vislumbra como “el aspecto fecundo del duelo”. Aquí el sujeto no se pierde tras el objeto  $a$ , no hace un pasaje al acto, ni una escenificación – un actino – sino que retorna al mundo en la dimensión del acto. Retorna sin el teatro del *acting-out*, tiene claro que el A es inconsistente, vuelve a conectarse con el Otro del significante, ¡pero cómo! Durante un tiempo, y ante la certeza de la inconsistencia del Otro, cada uno de sus movimientos hace un acto: compra, vende, despide, rinde concursos, escribe y resuelve lo que nunca antes había podido. Es posible que durante varios años de su análisis mantuviera todo esto en suspenso pero, ante un duelo, entra en una sucesión de actos. Sin embargo, la fecundidad dura poco y, al tiempo, vuelve a enredarse en las ficciones del Otro. Para que eso resultara efectivo habrá que esperar el duelo del fin de análisis.
- *El duelo como síntoma*: La fecundidad del acto dura poco, con el tiempo, y si el sujeto puede subjetivizar la falta, “vuelve a enredarse en las ficciones del Otro”. Es que el trabajo del duelo consiste en consumir de nuevo la pérdida provocada por el accidente del destino del objeto amado, ligando uno a uno, con minuciosidad, recuerdos y esperanzas enlazadas con dicho

objeto se procura restaurar el nexo entre  $-\phi$  y  $a$ ; en suma, darle a  $a$  la cobertura de un nuevo sustituto vía el falo. Hay un tiempo del duelo, un tiempo que Lacan y Freud consideraron necesario respetar. El duelo supone quedarse un tiempo ante el objeto  $a$ , lo cual es una situación riesgosa – ya marcamos sus alternativas – pero un tiempo no es toda la vida. El duelo muestra la escisión entre el objeto  $a$  y  $-\phi$ , y en la dimensión del síntoma el objeto  $a$  es nuevamente enmascarado por el  $-\phi$ , nuevamente se entra en la feria de las vanidades del mundo, el reenmarcamiento fantasmático recupera un objeto sustituto para la fantasía y para la vida, se recupera el tejido de la ficción simbólico-imaginario. Lacan no propone un duelo petrificado que concite un encuentro perenne con el objeto  $a$ . Tampoco podemos recriminarle a Freud que no tenga una posición pesimista del duelo, no ser pesimista no quiere decir ser romántico.

Y es que tanto  $[i(a)]$  como  $-\phi$  no son sino sustitutos de  $a$ , y ese  $a$  es el único objeto genuino que precisa ser bordeado, delimitado, enmascarado gracias a la recurrencia de los Nombres-del-Padre que recubre al objeto  $a$  bajo los velos agalmáticos de  $i(a)$  y  $-\phi$ . Esa función de los Nombres del Padre, como enmascaramiento del objeto  $a$ , es claramente explicitada por Lacan en “El despertar de la primavera” (1974).

## HACIA EL TIEMPO DE CONCLUIR

Mientras el duelo, por su parentesco con la operación de privación, supone falta en lo real de un objeto simbólico ( $\Phi$ ), el síntoma, en cambio, supone efecto de lo simbólico en lo real. Queda claro que el síntoma se ordena en torno a la castración, es decir, falta simbólica de un objeto imaginario ( $-\phi$ ). Sin embargo, uno de los caminos posibles del duelo es su enlace, vía el “laboro”, con la castración, donde es posible apostar al significante (no al sentido) vía el enmascaramiento del objeto de la pulsión: “Por paradójico que parezca, lo reprimido, no se soporta, no está escrito más que al nivel de su retorno. Es en tanto que el significante extraído de la fórmula de la metáfora viene en ligazón en la cadena con lo que ha constituido el sustituto, que tocamos con la punta de los dedos, lo reprimido. (...) El significante representa al sujeto del inconsciente, a la vista de algo distinto que es el síntoma” (Lacan, 1966-67; Sesión del 14/12/66).

De esta manera, el síntoma, como “formación del inconsciente”, será uno de los caminos posibles del trabajo del duelo que dice que, subjetivizar una pérdida, no implica una pérdida a secas, porque una pérdida a secas implica un trampolín a la melancolización o al pasaje al acto.

Cuando Freud, desde sus casos clínicos, muestra cómo sus pacientes se apropian del trazo unario – por medio de una identificación parcial y sintomática –, de sus amores perdidos y sobreviven a esa pérdida vía el síntoma, da cuenta de que, en la matriz del sujeto, subyace un cementerio de amados y odiados, y que somos en tanto sostenidos por aquellos muertos que, aún sustituidos, dejan sus marcas indelebles a través del objeto desencausado. La identificación con el objeto perdido en el duelo es la identificación con la falta que habita en el Otro. En cambio, el síntoma, supone la identificación con un rasgo significativo, supone un enmarcamiento, tal como Lacan lo define: “El síntoma es el retorno, vía sustitución significativa, de lo que está en el extremo de la pulsión como su meta” (Lacan, 1959-60, p. 136).

El síntoma, en suma, un modo factible de engañar a la pulsión, al acoso del objeto *a*, y de subjetivizar una falta; respuesta a la vicisitud del duelo (aunque no la única) que dice que, en psicoanálisis, la clínica del duelo no puede apostar a una pura pérdida, a una pérdida a secas – lo que supondría la desubjetivización – ni a una reparación del todo. La clínica psicoanalítica del duelo reconoce lo incurable del duelo, pero también, la tramitación probable... para que la vida... a pesar de lo perecedero sea un poco posible. Hacer la vida un poco posible, pese a la muerte... y sostener el amor hacia nuestros muertos, que puede perdurar, más allá de las pérdidas y el padecimiento de nuestros síntomas.

### Abstract

This paper presents a brief journey along Freud's and Lacan's theories of mourning which yields an unambiguous clinical outcome from both: mourning leaves an incurable enigma in subjectivity. According to Freud, mourning always leaves a “hollow space” in subjectivity, which may take different paths. On the other hand, Lacan views mourning in relation to “object *a*” and deprivation; from where mourning traces different vicissitudes: a channel to the act, a move in which the object drags the subject into a downfall that may lead to suicide; acting-out, an exaggerated scene which is, in its turn, a call to the Other; act as a fertile aspect of mourning because the subject, in response to deprivation, does not get lost in pursuit of the “object *a*” but changes his/her subjective position; and symptom, as it is possible to provide “object *a*” with the cover of a new substitute via the phallus.

Key words: Mourning; Deprivation; Channel to the act; Acting-out; Act and symptom.

## Referencias

- Allouch, J. (1994). Ajó. *Revista Litoral*, 17, p. 7-43.
- Allouch, J. (1995). *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*. Buenos Aires: E.D.E.L.P.
- Freud, S. (1979). Cinco conferencias sobre psicoanálisis. (1909/1910). In: Freud, S. *Obras completas*. (v. 11, p. 1-52). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1980). Tótem y Tabú. In S. Freud. (1913). In: Freud, S. *Obras completas*. (v. 13, p. 1- 164). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979). Duelo y melancolía. (1915/1917). In: Freud, S. *Obras completas*. (v. 14, p. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979). La transitoriedad. (1916). In: Freud, S. *Obras completas*. (v. 14, p. 305-311). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1962). Carta a S. Ferenczi (de 4/2/1920). In: Ernest Freíd (Org.). *Epistolario 1873-1939*. (p. 371). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1979). Psicología de las masas y análisis del yo. (1921). In: Freud, S. *Obras completas*. (v. 18, p. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979). Una neurosis demoníaca en el siglo. (1922/1923). In: Freud, S. *Obras completas*. (v. 19, p. 67-106). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1962). Carta a K. y L. Levy (de 11/6/1923). In: Ernest Freud (Org.). *Epistolario 1873-1939*. (p. 388). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1979). Inhibición, síntoma y angustia. (1925/1926). In: Freud, S. *Obras completas*. (v. 20, p. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1962). Carta a Binswanger. (de 12/4/1929). In: Ernest Freud (Org.). *Epistolario 1873-1939*. (p. 431). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Jones, E. (1976). *Vida y obra de Sigmund Freud*. (1960) (v. 3) Buenos Aires: Hormé.
- Lacan, J. (in press). *El Seminario*: v. 6. El deseo y su interpretación. (1958-1959). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1988). *El Seminario*: v. 7. La ética del psicoanálisis. (1959-1960). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (in press). *El Seminario*: v. 10. La angustia. (1962-1963). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (in press). *El Seminario*: v. 14: La lógica del fantasma. (1966-1967). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1988). El despertar de la primavera. (1974). In: Lacan, J. *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.